

REHACIENDO EL CAMPO. EL LUGAR DEL ETNÓGRAFO ENTRE EL NATURALISMO Y LA REFLEXIVIDAD*

*Sabina Frederic***

RESUMEN

Rehacer el campo es precisamente mi propósito aquí, en el sentido de reconstruir el proceso de construcción de datos, que es para mi el campo mismo, sondeando, explicitando y definiendo los presupuestos y estrategias que lo hicieron oscuro, escabroso y hasta infructuoso. Situada en una perspectiva reflexiva, debato con el naturalismo a efectos de establecer las potencialidades y límites de hacer etnografía cuando se estudian universos próximos.

Presentación

Con este artículo pretendo revisar el trabajo de campo llevado a cabo en ocasión de la Tesis con la cual obtuve la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. El propósito de su revisión es explorar tanto como poner en duda, mi pertenencia al universo de estudio y sus distintos contextos, y el alcance que esto ha tenido en el

* La primera versión de este trabajo fue elaborada gracias a los valiosos comentarios de los miembros del Grupo Taller de Trabajo de Campo Etnográfico del IDES, y luego presentada a las Primeras Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos, realizadas en junio de 1994 en la misma institución.

** Lic. en Cs. Antropológicas, Instituto de Investigación en Cs. Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires. Instituto de Desarrollo Económico y Social.

proceso de construcción de datos. Me interesa destacar esta experiencia porque considero que representa algunos de los presupuestos con los que jóvenes no-iniciados en antropología, entendemos y abordamos nuestro trabajo de campo.

La investigación referida tuvo entre sus rasgos distintivos, el consistir en una investigación desarrollada en un universo social del que me sentía parte y con el cual suponía tener mucha familiaridad. Su tema se remitía a las relaciones de poder existentes entre actores vinculados por una política municipal orientada a la "regularización dominial y urbana", y yo participaba de su implementación.

Comenzaré el análisis haciendo una crónica del proceso de construcción del problema de investigación, la involucración con los sujetos estudiados, la estrategia del trabajo de campo y sus consecuencias. Posteriormente me detendré a establecer los supuestos que actuaron tras la posición asumida en el campo y así redefinir el problema de la distancia. Finalmente intentaré, desde un enfoque alternativo, examinar las posibilidades y limitaciones de hacer antropología en universos de esta especie.

Aproximación al contexto de estudio

Cuando a fines de 1988 ingresé como empleada administrativa¹ a trabajar en la Subsecretaría de Tierras y Viviendas (en adelante Subsecretaría) de un Municipio del Gran Buenos Aires, lo hice pensando que debía aprovechar este ámbito para "hacer antropología". Claro que cuando uno es estudiante no tiene siempre claro cuál es su significado y tendemos a pensar que el vínculo de nuestra disciplina con la "gestión" de políticas públicas es más bien intenso, o que se trata de una de sus dimensiones. Este último era mi caso, por ello asumí la tarea como un desafío y estuve atenta a los sucesos cotidianos.

En abril de 1989 inicié el Seminario Anual de Investigación como estudiante del último año de la carrera de Ciencias Antropológicas. Por exigencias curriculares debía diseñar un proyecto de investigación en el curso de ese año. Tomé entonces la decisión de hacer un proyecto sobre el problema de la posesión de la tierra, el Estado local y la organización política de los "vecinos" en este municipio.

Comencé a precisar el problema formulando ciertas preguntas que venía haciéndome desde mi incorporación a las actividades de rutina de la Subsecretaría: reuniones con vecinos y funcionarios, atención y derivación de reclamos, visitas a

vecinos, enfrentamientos entre funcionarios, entre otras. Principalmente en las reuniones entre vecinos y funcionarios, había observado un recurrente malentendido. Algunos "referentes" de barrio (usualmente conocidos como punteros) solicitaban a funcionarios del área denominada de "organización comunitaria"² que fuesen al barrio a explicarles a sus vecinos que lo que ellos le decían, como por ejemplo que corrieran los alambrados, no era una ocurrencia propia sino un pedido "de la municipalidad". Pero los funcionarios insistían en que esa tarea la debían cumplir los "asesores", así es como el municipio llamaba formalmente a los punteros de barrio (término que no se usa frente a ellos).

Mi primer día de trabajo observé una situación que me llamó la atención. Fui invitada a participar de una reunión entre funcionarios y "asesores" de quince barrios. Estas reuniones se venían realizando los sábados por la mañana en la Subsecretaría, y el tema era la organización de la convocatoria y movilización por cinco proyectos de Ley de Expropiación de tierras, a la Cámara Provincial de Diputados. El hecho registrado en mi memoria fue el siguiente: Augusto, funcionario-militante de un barrio, coordinaba la reunión sentado sobre un escritorio frente a unos veinte vecinos (había más de uno por barrio), algunos luego supe eran militantes y otros sólo vecinos, pero todos ellos habían sido nombrados "asesores" del Intendente Municipal por decreto. Mientras él hablaba de la importancia de la "unidad" y la "solidaridad", de la "participación democrática" y de la necesidad de recordar el pasado autoritario, los vecinos hacían un completo silencio. Cuando Augusto concluyó su discurso, pidió a los vecinos que dieran su opinión, los instó a que "participaran". Fue entonces, que un vecino del barrio Villa Encuentro comenzó a hablar. Inmediatamente Augusto bajó del escritorio y de espaldas a los presentes se dirigió a la cocina. Luego de unos instantes regresó, encendió un cigarrillo y retomó la posición anterior. Mientras, José decía que estaba cansado de "pelear por las leyes de expropiación", y que nunca pasaba nada, que sus vecinos no querían participar de las reuniones, y que siempre era él mismo que lo hacía. Augusto lo dejó terminar, y le dijo que debía darse por satisfecho frente a los demás barrios, porque Villa Encuentro estaba "adelantada" respecto de ellos. Seguidamente prosiguió con su discurso.

De esas reuniones yo participaba a pedido de los funcionarios, quienes querían que diese una opinión sobre su desarrollo, "¿qué te pareció la reunión?", me preguntaban. Mis opiniones consistían en poner de relieve sucesos como el descripto: contradicciones entre lo que se dice y lo que se hace, y malos entendidos.

Así, en una primer etapa de definición del tema de investigación, privilegié la exploración de la relación que funcionarios-militantes barriales, "punteros" o "referentes" y vecinos, mantenían bajo las condiciones impuestas por el conjunto de prácticas y nociones vinculadas al área de la Subsecretaría denominada de Organización Comunitaria. Mientras transcurría la cursada del Seminario de Investigación, sumaba nuevas reflexiones sobre la relación mantenida entre dichos sujetos. Finalmente resolví tomar como unidad de observación el barrio al que me habían asignado para la organización de la reubicación de veinte familias: Villa Encuentro. Los procesos propios de esta unidad de observación serían contrastados con los de un barrio contiguo, de nombre Latinoamérica, en el cual nunca había trabajado, poco sabía de su historia. La selección realizada obedeció a la fuerte insistencia de los funcionarios de la Subsecretaría en las profundas diferencias en cuanto a: "organización" y "regularización del dominio", entre uno y otro barrio. Aún cuando la Subsecretaría había tenido intervención en ambos, pesaba sobre los vecinos de Villa Encuentro el estigma de "la desorganización", por oposición al barrio Latinoamérica.

En esta instancia de aproximación a la unidad de estudio (la Subsecretaría y el barrio Villa Encuentro) que se extendió por espacio de seis meses no hubo más que dos entrevistas, y algunos registros de observaciones. Las actividades propias del trabajo de campo fueron dejadas, según proyecto, para el año siguiente. Entonces a fines del '89 formulé las hipótesis y objetivos del proyecto de Tesis.

Sostenía en el proyecto que la Subsecretaría, actuando en representación del poder local, desplegaba un conjunto de mecanismos de control social sobre los dirigentes barriales, mediante el conjunto de prácticas y nociones llamadas de "organización comunitaria". Debido a sus características se producía lo que Buci-Gluckman (1989) denomina *socialización estatista*, proceso propio del Estado Benefactor pero persistente a su crisis, productor de una fragmentación de los lazos sociales por efecto de la enajenación de las demandas de los pobladores de sus condiciones de vida.

Los objetivos del proyecto fueron los siguientes: a) Objetivo General: conocer la relación social establecida entre funcionarios y pobladores de villas y asentamientos, a partir de la estrategia política de "regularización dominial" de la tierra, en el período 1984-1990 en un municipio del Gran Buenos Aires. b) Objetivos Específicos: 1) Analizar la configuración de la estrategia política, atendiendo a: actores sociales intervinientes, acciones específicas, discurso político. 2) Analizar las demandas de los pobladores de villas y asentamientos en torno a la propiedad de la

tierra durante la implementación de la estrategia política. 3) Conocer el carácter que asume la acción colectiva entre los pobladores de villas y asentamientos en relación a la estrategia política.

El trabajo de campo y la construcción de la distancia

De acuerdo al cronograma de trabajo establecido, inicié el trabajo de campo en julio del '90 y lo prolongué hasta septiembre de ese año. Cuando diseñé la estrategia de aproximación al campo me preocupaba la involucración con los sujetos estudiados. Me consideraba un miembro más del universo de estudio, quizás demasiado competente de este sistema de acción como para descotidianear (Lins Ribeiro; 1989) o descubrir la artificialidad de las prácticas sociales. Esta cuestión fue en aquel momento percibida como un obstáculo al desarrollo del trabajo de campo. ¿Cómo yo, sujeto de la acción, iba a extrañar las prácticas y sentidos que practicaba, que no sólo me eran familiares sino prácticamente conocidas?

Si el proceso de extrañamiento consiste en la experimentación de una tensión entre la aproximación a un universo de sentidos y su distanciamiento por el contraste con el marco de referencia del investigador (Lins Ribeiro; 1989); ¿cómo extrañar prácticas y sentidos familiares?, ¿cómo monitorearlas, para hacerlas artificiales?, ¿cómo hacer para que el marco de referencia propio, pueda ser exotizado? En síntesis, ¿cómo habría de construir la distancia?

En el campo, la respuesta a esas preguntas consistió en primer lugar, en adoptar distintas estrategias de aproximación a los sujetos de estudio. Mi objetivo era ampliar la visión, centrada hasta entonces en la relación sostenida entre miembros de la Subsecretaría y los vecinos del barrio Villa Encuentro, en este orden. Resolví entonces, comenzar el trabajo de campo por el barrio Latinoamérica, al cual nunca había ingresado, continuaría por Villa Encuentro y por último realizaría entrevistas y observaciones en la Subsecretaría.

En segundo lugar me propuse modificar mi relación con los sujetos estudiados, tanto con los actores de Villa Encuentro como con los de la Subsecretaría. La definición de mi rol como agente municipal debía ser desplazado o sustituido por el de investigador.⁴ Sin este factor podría ampliar la mirada a otros discursos, pero permanecería centrada en la visión de un miembro de la Subsecretaría; así es

como me trataban y esto habría sido lo percibido. Si no lograba variar el vínculo, mi perspectiva hubiera sido la de un sujeto interesado, involucrado, con lo cual no habría “distancia objetiva”⁵ mediante la cual extrañar. Para ello pensé en transformar las pautas de relación siguiendo prácticas de campo desrutinizadoras de las de mi actividad laboral. En este sentido ambas estrategias fueron complementarias. Las prácticas de campo ideadas para “desinvolucrarme” fueron: la realización de entrevistas en los horarios extra-municipales, y la perseverancia en presentarme ante cada uno de mis virtuales informantes como estudiante de antropología en plan de Tesis.

No obstante, durante el trabajo de campo los resultados de tales estrategias me parecieron un fracaso. Pese a los esfuerzos realizados, no conseguí cambiar la percepción que los otros tenían de mí. Transcribiré a continuación el registro de una entrevista al vicepresidente del Centro Cultural de Villa Encuentro, donde queda explícita la imposibilidad de cambiar un rol que por sobre todas las cosas era continuamente actualizado por mi trabajo para la Subsecretaría.

Luego de dos horas de entrevista, me levanté para irme y Armando me preguntó qué información quería. Le dije que todo lo que habíamos estado hablando me servía, que era importante lo que ellos decían para el tema que estaba investigando.

Armando: No, porque por ahí vos querés saber algo concreto... De todas formas yo te quiero agradecer, porque es la primera vez que alguien de la municipalidad se preocupa por lo que nos pasa.

Yo: Mirá, esto, como te dije antes, no lo hago como empleada municipal, sino como estudiante de la facultad... Por eso vengo a esta hora. Esto es parte de un trabajo de investigación que quizás pueda servirles para algo, o quizás no.

Armando: ¿Por qué no?, claro que puede servir.

Yo: Ojalá pueda servir, pero no necesariamente.

Armando: De todos modos te agradezco porque yo sé que todo ahí es política... Porque yo sé que es así, y nosotros no tenemos a nadie

que trabaje en la municipalidad. Lo elegimos a Juan presidente porque él sabe cómo se maneja todo ahí dentro, sabe con quién hablar, donde ir...

Este fragmento de un registro de campo me señalaba la persistencia de los vecinos de Villa Encuentro en adscribirme al rol de empleada municipal, y por ende mi fracaso en la construcción de la distancia del universo de sentidos y prácticas que conformaban la relación entre agentes municipales y vecinos. La recurrencia de estas situaciones me llevaron a no insistir en parecer otra cosa, opté por acomodarme a la situación. De ahí en más prevalecería como estrategia de campo el registro de las tareas que realizaba como empleada municipal, de mi interacción con los informantes. Así como yo suponía que ellos me veían.

Así, mi insistencia por ser adscripta al rol de investigadora decayó, y la estrategia de campo se convirtió en participación plena. Esto sucede, dice Guber cuando "se prioriza un modo de conocimiento fundado en la inmersión" (1990:187). Paulatinamente fui dejando de explicitar mis propósitos académicos, y me aboqué a la toma de registros de los contextos de interacción producidas por cuestiones de trabajo. Sobre todo la etapa de trabajo de campo en la Subsecretaría se caracterizó por esta "mimetización con el ambiente" (Guber; *op. cit*) que caracteriza dicha estrategia. Para la mayoría de los funcionarios, la investigación que yo había anunciado un mes atrás, no los involucraba, no hacían comentario al respecto. No había para ellos otro lugar que el que yo ya tenía y éste, como el de todos mis compañeros de trabajo fue, en el período que realizara el trabajo de campo y debido a ciertos acontecimientos ligados a la sucesión de los cargos internos, reafirmado con urgencia. Fundido a desgano el campo con mi empleo, tomé registros de: procesos de decisión, reuniones, atención de demandas y discursos políticos, que involucraban en algunos casos a vecinos o "asesores" de ambos barrios. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Reflexionando a la distancia, lo que posiblemente debí hacer es modificar las hipótesis de trabajo a efectos de aprovechar los recursos que me proveía el campo, más ligados a la dinámica del ascenso, sustentabilidad y ocaso de los intermediarios y patrones políticos. De este proceso era del que me encontraba participando. Fui acusada de tener "los pies fuera del plato" por uno de estos funcionarios-políticos, hasta ser inducida a ocupar un lugar en la disputa; yo sabía cómo había que "manejarse" en el municipio y podía hacerlo en favor de los vecinos de Villa Encuentro –transcripción

página 90-. Claro que no ejercité el control reflexivo del mismo. Si bien esta dimensión de la cuestión ocupó una sección de la Tesis, debió convertirse explícitamente en uno de los ejes principales de construcción conceptual de la etnografía. Me refiero a que la dimensión del campo del cual yo era nativa, reflejaba que la *socialización estatista* del Estado Benefactor en crisis, no era precisamente un proceso tipificado y globalizado. En este municipio del Gran Buenos Aires, el escenario político estaba gobernado por conflictos sobre los supuestos mecanismos de control social. Las nociones y prácticas para la organización comunitaria, conformaban menos un instrumento aceitado de control que una arena de disputas facciosas en la que se veían diferencialmente involucrados los funcionarios de mayor jerarquía, nosotros los empleados, los punteros y los vecinos.

Si esto no fue posible, ni siquiera imaginable, se debió a la perspectiva metodológica con la que abordé el campo. La preocupación naturalista del observador distante y neutral, fue la mía, y a la que le debo la baja productividad de mi trabajo de campo. La dificultad para asumir una actitud reflexiva muestra la persistencia del empirismo en nuestra concepción práctica de cómo se conoce.

En este sentido, la concepción metodológica con la que abordé el campo hizo que concibiera esta imposibilidad de ser vista como investigadora, como un obstáculo en la construcción de datos. Y, aún cuando pudiera parecer que el presuponer que en realidad yo era para ellos un agente municipal, implicaba asumir una posición reflexiva; esto no significó trascender esos supuestos naturalistas que evitan la aplicación de la reflexividad también al propio investigador en la relación de campo. Considero de este modo que sólo un cambio de enfoque puede arrojar luz sobre la cuestión, y así determinar las limitaciones de este trabajo de campo. En la sección siguiente pretendo mostrar como invadió el naturalismo mi práctica antropológica a efectos de redefinir potencialidad y límites del campo.

La producción de la distancia

Decía que esta sucesión de "obstáculos" al desarrollo del trabajo de campo pueden ser comprendidos si se los interpreta como la expresión de un abordaje naturalista. Con esto quiero decir que la lectura de los acontecimientos en tanto obstáculos, o incluso la adopción de las "estrategias superadoras", encierran al naturalismo como marco de referencia metodológico.

Es característico del naturalismo exigir al etnógrafo la construcción de una posición neutra, que le permita desde su no-participación en el contexto estudiado, registrar todo, para de este modo construir una visión no sesgada de "lo real". El etnógrafo se constituye en un no-sujeto, un individuo que no asumiendo rol social alguno, puede ser totalmente objetivo.

Se niega la subjetividad para no distorsionar el objeto de conocimiento. El investigador naturalista percibe lo real "tal cual es", sin cargarlo de valores, afectos, preconceptos, etc. Para el naturalismo no hay un sujeto cognoscente que participe activamente en el proceso de conocimiento. La relación de investigación no se problematiza, debido a que sólo hay un sujeto condicionado por su marco de referencia, y es éste el sujeto-objeto de conocimiento: los informantes.

El extrañamiento de las prácticas y sentidos se produciría borrando al investigador del contexto social estudiado. La distancia respecto del universo de sentidos de los sujetos de estudio se alcanza por la producción de un rol aséptico y neutro. Esta fue la concepción metodológica que me acompañó en el campo, y la que me impulsó a definir mis estrategias en relación a él. Y si el recurso a la participación plena también me pareció un fracaso se debió a suponer que más que haberme mimetizado con el ambiente (lo cual implica un movimiento de aproximación) yo ya era parte de él. En el naturalismo uno no es un sujeto, y los acontecimientos me revelaban que yo sí lo era. Según este marco interpretativo el fracaso de las estrategias lo era también de los resultados. No convertir la relación existente en una relación de investigación me señalaba no como etnógrafa (edad, género, clase, oficio, etc.) sino como un sujeto más. Siendo una más no había distancia con ellos y sin extrañamiento no hay artificialidad de las prácticas, reza el naturalismo.

En esta dirección las posibilidades de hacer antropología en un contexto familiar se ven limitadas a aquellos contextos en los que uno es reconocido como etnógrafo (ni siquiera caben distinciones de género) o logra convertirse en uno más, claro está, sin tener nada que ver con ellos. El problema es ¿cómo esta variante del empirismo piensa la producción de la artificialidad de las prácticas y nociones, desde la visión de un no-sujeto? Lo que no puede es debatir el significado mismo de lo familiar o lo exótico, sino darlo por hecho, determinarlo a priori. En realidad para un no-sujeto todo es exótico, mientras para una persona hay prácticas familiares, próximas y conocidas.⁶ Esto es precisamente lo que me imponía el campo, la diversidad

subjetiva de los contextos y el reconocimiento de mi persona en el universo estudiado y en el proceso de conocimiento. Y entonces como advierte Okely: "Cualquier tendencia latente a tratar a la gente como objetos o curiosidades distantes tiene que ser confrontada y no reprimida" (en Strathern; 1987). Pero lo inverso también es cierto, y estar o no en el propio lugar depende, siguiendo a Strathern, de la coincidencia entre las propias representaciones y las de los informantes.

Las credenciales personales del antropólogo no nos dicen si él o ella están en casa (...) Pero lo que él/ella escriben al final, sí: si hay o continuidad cultural entre los productos de su trabajo y lo que la gente en la sociedad estudiada produce por medio de relatos sobre sí mismos (*op. cit.*: 2).

Claro que esto no se sabe de antemano, sino en el campo.

Una mirada reflexiva del trabajo de campo

Lo que propongo es una lectura reflexiva de los acontecimientos y de la posición adquirida en los contextos estudiados. La reflexividad implica entender al etnógrafo como sujeto social, condicionado por su propio marco de referencia, mediante el cual participa activamente del proceso de conocimiento. Investigador e informante participan de una relación social con características particulares y, en el curso de la cual:

"El actor se compromete con el proceso y flujo del mundo natural y social y, a través de sus acciones, entra en negociaciones con sí mismo, y con el mundo. A través de una serie de transacciones con el mundo en constante flujo, el actor social crea y recrea mundos y significaciones sociales... De esta forma, el etnógrafo también navega y explora la superficie variada de los diversos escenarios sociales: el remanso y también las corrientes principales. En virtud de sus actos, de sus transacciones, el etnógrafo-reporter narra los descubrimientos y auto-descubrimientos del actor. Los informantes cuentan sus historias y, a su vez, los etnógrafos también cuentan las suyas." (Atkinson en Hammersley, 1980: 5).

En este sentido, el conocimiento antropológico se co-produce entre investigador e informante. Al interactuar el etnógrafo es adscrito a distintos roles que le permiten, a los sujetos estudiados, anticipar e interpretar las acciones de aquel. Pero el investigador lucha por conseguir que se le asigne su propio rol. Esta tensión entre

lo que los informantes piensan o desean que el investigador sea y lo que el investigador quiere ser, produciría la creación y recreación de universos de significado por efecto de esa negociación del rol inscripta en el TC. La productividad etnográfica como capacidad de descubrir la artificialidad y diversidad de normas y prácticas, radicaría en parte en la capacidad del etnógrafo de sostener tal negociación sin sucumbir definitivamente a ninguno por más cómodo que se sienta en él, reflexionando sobre sus decisiones y las de los informantes; señales que arrojan datos de las posiciones adquiridas en el campo.

En síntesis, la distancia del universo de sentidos de los sujetos estudiados, sería producida por la intensificación del control del investigador sobre su propio comportamiento como sujeto, antes que por la exclusión propuesta por el naturalismo. La aplicación de este enfoque permitirá en este caso poner en cuestión el grado de pertenencia o familiaridad, historizando mi inmersión en los contextos estudiados y examinando representaciones "propias" y "ajenas". Por medio de esta reflexión procuraré dar cuenta de las posiciones adquiridas en el campo, de la delimitación y extensión del propio trabajo de campo, y de sus implicancias respecto de la hipótesis y objetivos de investigación.

Historizar mi familiaridad con el universo subjetivo estudiado o rastrear el proceso de negociación de roles con los distintos sujetos de estudio, supone precisar el inicio de mi trabajo de campo. Si bien hubo un comienzo formal, éste estuvo sujeto, como dijimos, a toda una concepción metodológica; y no podemos definir el trabajo de campo sólo por las actividades o rutinas que en él se llevan a cabo. Tal como lo indica Guber:

El TC es una etapa que no se caracteriza sólo por las actividades que se llevan a cabo (obtener información de primera mano, administrar encuestas y conversar con la gente) sino fundamentalmente por el modo en que abarca los distintos canales y formas de la elaboración intelectual y del conocimiento social. (1990:86).

Pero, ¿cuál sería ese "modo" de la elaboración intelectual? Para el enfoque antropológico esa modalidad de producción intelectual está ligada al denominado proceso de extrañamiento (Da Matta, 1983; Lins Ribeiro, 1989), un modo de conocimiento basado en la tensión que se produce entre la aproximación objetiva a

un contexto determinado, y el distanciamiento subjetivo, experimentado por el investigador. La duda antropológica que lleva a tener Anthropological Blues, señala Da Matta. Esta tensión es producto de su inserción en tanto sujeto social. La pregunta entonces es ¿puede experimentarse dicha tensión aún sin la introducción de la reflexividad? Lo que señala Guber es que sin ese hecho, se pierde el control sobre el carácter y la especificidad de los sentidos y prácticas que se abren al observador.

Estaría entonces, en condiciones de afirmar que mi trabajo de campo comenzó antes de lo formalmente previsto, durante la instancia de exotización del universo al cual me aproximaba. Y, aún cuando se trató de la aproximación a un nivel del Estado perteneciente a mi propia sociedad, las reglas prácticas, nociones y representaciones mediante las cuales ellos ganaban y perdían prestigio y poder, me eran desconocidas. Igualmente sucedía con los vecinos. Únicamente con los profesionales "independientes", era con quienes mantenía nociones comunes sobre esta porción del mundo en la que vivíamos. El período de construcción del problema, hasta la finalización del proyecto no me tenía a mí como miembro competente del contexto estudiado, sino como una observadora que pretendía desde un cierto marco conceptual y de sentido común, comprender la racionalidad de las acciones de los otros. Claro que no siempre pude lograrlo. Y, aunque no registré esa tensión entre lo que quería ser, lo que suponía que los otros querían que fuese y lo que los otros pensaban que yo era, así fue como negocié mi rol en el campo, y así construí la quizás escasa distancia respecto del universo simbólico y práctico de los informantes. Al mismo tiempo que me aproximaba críticamente a las prácticas y nociones de quienes luchaban por conducir la Subsecretaría y quienes eran conducidos (vecinos y empleados), yo adquiría una posición dentro de este universo. Pasé lentamente a integrar las filas de los profesionales independientes de la subsecretaría (mi nosotros), aun cuando la institución municipal me tenía asignado el lugar de empleada administrativa, al que usualmente se apelaba. Al igual que ellos no era peronista, ni quería perder mi fuente de trabajo, y oponía resistencia a la apelación a la "voluntad" como recurso persuasivo para prestar servicios sin remuneración. A diferencia de ellos quería seguir ahí para concluir con la etapa de construcción de datos, y aunque desde cierto punto de vista "ser administrativo" conviene, yo quería "ir a los barrios", participar de reuniones, tareas que a un administrativo en sentido estricto no le interesan.

A continuación quisiera despejar los distintos sentidos que adquiriría mi persona y así definir los distintos contextos. Del registro transcrito en las primeras páginas se asoma una distinción entre mi posición y la de los demás miembros de la Subsecretaría. Para Armando yo me preocupé por ellos y esto no parece ser "política". Su insistencia por el valor de uso de lo que hago puede entenderse como un llamado a mi conversión en intermediaria entre ellos y la subsecretaría –del mismo modo que Juan–, con lo cual se advierte que mientras yo hablaba del valor del producto de mi investigación ellos se referían a mí, que no siendo de ahí estaba preocupada por ellos. En otra entrevista Armando reconoce las posiciones en el proceso de decisión, y reafirma la importancia para la intermediación de "ser del barrio".

Hablamos con Pérez, de Gobierno (Secretaría de), que como es de Villa Encuentro tendría que pelear para que acá se trabaje. Nos dijo que tomemos nota de las horas que trabajan los de la Subsecretaría en el barrio. Pero nosotros le dijimos que no somos alcahuetes. No queremos que después les echen la culpa a Uds. que no tienen nada que ver... Además es una cadena, nosotros mentimos por la municipalidad, y después damos la cara por ellos. A ustedes también les mienten, nos dicen mentiras a nosotros y nosotros damos la cara frente a los vecinos... también mentimos. Todo este trabajo es muy difícil, se van las fuerzas en esto.

En una entrevista, el presidente del Centro Cultural de Villa Encuentro relata las reuniones con funcionarios de la Subsecretaría y "asesores":

José: Ellos nos decían que llevaríamos las inquietudes del barrio. Montones de veces hablé de lo que pasaba acá. Pero ¿asesores de qué? Yo me cansé de hacer de idiota útil, y si se lo tengo que decir a Augusto, Esteban y Liliana no tengo problema... Ellos eran los que formaban la comisión... Siempre parecía que nos querían llevar a otro lado, que no se hablaba del tema.

Yo: Y ¿a dónde?

José: No sé, política, algún puesto para ascender ellos. Igual, existe más rivalidad entre los vecinos que con la municipalidad. Nosotros sí nos enfrentamos, pero bueno tampoco pedimos que vengan siempre... Pero ya es mucho, son cuatro años de esperar.

En esta entrevista podemos advertir la multiplicidad de rasgos que necesita José para definirme, y los recursos utilizados para sostener la interacción en la ambigüedad, sin perder su lugar. Se opone a estos funcionarios pero apenas advierte la posibilidad de mi lealtad hacia ellos, me pone al tanto de que no le importa si yo les voy con el cuento. José, a diferencia de Armando, distingue las jerarquías y no me reconoce más poder que el del alcahuete. Él expresa en realidad la propia ambigüedad de los intermediarios.

También en la Subsecretaría los funcionarios dieron muestras de la categoría social que me asignaban. Sobre el final del trabajo de campo, y sin intención de realizar entrevista alguna, me acerqué a Esteban (funcionario y "referente barrial") para avisarle que me iba más temprano, y él me dijo:

Quiero cambiar mi imagen, no sólo estética... Ya va a terminar esta etapa de la subsecretaría, se tiene que terminar. Voy a empezar a andar por los distritos, por la provincia, a despegar de acá... Tengo que cambiar el verso, no podemos decirle a la gente lo mismo que antes, tenemos que darle otras respuestas. Otra cosa que es muy importante es armonizar con la estructura... Yo quiero que vos, que no tenés un interés directo en la cosa, observés qué es lo que la gente de los barrios pide, quiere.

Además de poner al descubierto la emergencia de un conflicto interno sobre quiénes y cómo seguiría "la Subsecretaría", Esteban está dando cuenta de los términos de la disputa, de algunas de las nociones en discusión, y de cómo sobrevivir. Esta lucha iniciada durante la fase final de mi trabajo de campo comprometió finalmente a todos y contribuyó a clausurarme el acceso a los funcionarios más encumbrados, quienes por el realineamiento de fuerzas redefinieron jerarquías. Unos meses más tarde, luego de haber completado mi trabajo de campo, aquellos funcionarios-militantes que quisieron ascender en la escala del poder fueron definitivamente desterrados de la Subsecretaría por una camarilla renovada de abogados. En esa ocasión (primeros meses de gobierno menemista) ser "negro", "villero", "no-profesional" y no vestir "de traje", fueron las categorías utilizadas explícitamente para clasificar y fundar una nueva estructura de poder fundamentalmente clasista. De modo que la promoción de movilizaciones a la ciudad de La Plata para la sanción de

Leyes de Expropiación de Tierras, que esos punteros de barrios y funcionarios de la subsecretaría promovían, fue prohibida por el intendente y seguida de un conjunto de nuevas pautas de relación entre funcionarios y vecinos basada en la ampliación de la distancia social. Si bien yo era empleada municipal, mi aspecto personal y mi inminente graduación me permitieron acceder a un trato deferencial. Sin embargo mis rutinas laborales estaban en realidad más próximas a las del sector social segregado, de modo que las dificultades y contradicciones que me presentaba la sobrevivencia derivaron, a principios de 1990, en mi alejamiento de la municipalidad gracias a la obtención de un nuevo trabajo.

Estos registros dan muestra de la complejidad de los rasgos que en cada situación definían mi persona. En ningún caso los sujetos desconocían mi carácter de agente municipal, pero había otros rasgos que se combinaban con éste que aunque no invalidaban este rol contribuían a sus múltiples distinciones. En el campo, sin embargo, pensaba a todo o nada. Si no podía ser reconocida como investigadora, lo sería como agente municipal. Esto indica que resulta más sencillo disolver la heterogeneidad usualmente percibida como ambigüedad, en dicotomías, más que resistir a la dificultad de aprehender la realidad en toda su complejidad; para luego sí conceptualizarla como diversidad.

Vemos que la salida formal al campo no inició el proceso de aproximación al universo, sino que lo encontró más o menos acabado, y especialmente diferenciado según se tratara del barrio Villa Encuentro, en el que yo participaba de la implementación de la política, o se tratara de la subsecretaría, o de Latinoamérica donde coincidieron inmersión y trabajo formal de campo. La formalidad del campo fue mucho más un intento infructuoso por hacer que el trabajo de campo pase de la participación plena a la observación participante que el comienzo del proceso de extrañamiento, y de negociación de roles.

Durante la instancia de problematización del tema de investigación, no participaba del sistema de acción observado, sino que me encontraba en proceso de conocimiento práctico de las reglas del juego. Mientras me aproximaba a las prácticas de los sujetos, me distanciaba subjetivamente de sus sentidos, tanto práctica como teóricamente. Adquiría el conocimiento práctico de las reglas del juego con el propósito de establecer su interpretación conceptual. A través de este proceso es que los contextos estudiados se fueron transformando en familiares.

Sabemos que el acceso a una red de sujetos sociales abre, a la vez que cierra el acceso a información, ¿qué restricciones me ha impuesto esta inserción en

el campo? Dijimos que pudimos exotizar el universo de estudio, que aunque se dieron situaciones distintas en las tres unidades de estudio, primó durante el trabajo de campo formal mi adscripción a un determinado rol, que combinaba ciertos rasgos y se nutría de mi pertenencia a la Subsecretaría. Esta situación, sin embargo, no impidió la exotización del cotidiano, dado el proceso de inmersión al campo que atravesé. Hasta aquí podríamos decir que nuestro caso no presentaría diferencias respecto de otros, excepto porque no pude ser considerada como investigadora, lo que le sucede a todo etnógrafo que opta por la participación plena.

Sin embargo Guber indica que es fundamental procurar ser adscripto al rol de investigador. Sugiere que dicho rol se alcanza sobre el final del trabajo de campo, cuando los informantes aprendieron a entender los propósitos del investigador. Quizás en el barrio Latinoamérica, donde precisamente no se actualizaba mi pertenencia a la Subsecretaría, hubo un indicio de haber sido adscripta al rol de investigador; cuando finalizando la última entrevista los miembros de la Mutual del barrio, enseñándome fotos, banderines y un libro de firmas, me dijeron que querían que les escribiese un libro sobre la historia del barrio y la Mutual. Me habían encontrado un lugar. Ya habían pensado en escribir un libro pero no tenían tiempo para hacerlo, y yo les calzaba justo. Sin embargo si ubicamos el hecho en el universo de estudio, queda claramente establecido que la posibilidad de encarnar este rol depende no sólo de lo que hagamos como etnógrafos (rutinas atípicas que hay que andar justificando) sino del papel que cada grupo social juega en él. Sí para los vecinos de este barrio, que sabían que yo trabajaba en la Subsecretaría, pude ocupar el lugar de escritora,⁷ es porque en el juego de las intermediaciones ellos tenían un representante directo. El presidente de la Mutual negociaba directamente con el Intendente, y no integraba el "Cuerpo de Asesores".

Pero aún cuando esto hubiera sucedido en todos los contextos, ¿qué ventajas hubiera tenido conseguir que se comporten frente a mí sólo como "informantes" si esto se produce sobre el final del trabajo de campo? ¿No será en todo caso, que la importancia de sostener tal propósito radica en el proceso de negociación del rol, más que en su resolución?

Si así fuera, en el caso relatado ese proceso fue recorrido, con la salvedad de haber quedado adscripta a un rol, que no fuera precisamente el de investigador. El problema entonces, no fue el no haber podido encarnar la posición de investigador (tal como pretendí hacerlo) sino el hecho de que ese recorrido haya quedado trunco y oscurecido por la perspectiva asumida. Continuando con este argumento, quizás

estemos más cerca de definir el rol de etnógrafo por su potencial capacidad de transitar distintos universos subjetivos, mientras justifica lo que hace negociando su rol con los informantes, que por cualquier otra cualidad específica (neutralidad, asepsia). La lucha del etnógrafo por ser tomado como tal es condición de la negociación del rol, el recorrido por distintos aspectos del universo subjetivo de los informantes. Y es aquí donde radica la productividad del trabajo de campo etnográfico, en la capacidad de acceso a distintos flancos del marco de referencia de los sujetos para así construir la perspectiva del actor.

Conclusiones

Luego de comprobar el fuerte contenido naturalista de mis representaciones y prácticas, y el modo en que obstaculiza el conocimiento de la perspectiva del actor, definí la productividad del trabajo de campo etnográfico por esta capacidad del investigador de encarnar en el campo distintos roles luchando por ser percibido como tal. ¿Qué podemos decir entonces, en nuestro caso?

Habiendo analizado las distintas implicancias del acceso a la unidad de estudio portando un rol ya negociado, y definiendo la identidad del etnógrafo por su potencial poder de mudar de rol, estoy en condiciones de decir que la limitación de este trabajo de campo no radicó en el hecho de no haber sido adscripta al rol de investigador, sino en no haber podido registrar (antes del trabajo de campo formal), ni extender (durante trabajo de campo) el proceso de negociación de roles, lo que significa haber podido sostener un análisis no sólo de la reflexividad de los otros sino también de la mía.

En este sentido, su escasa productividad no se basó en no haber transitado por ciertas experiencias (extrañamiento, adscripción de roles, etc.) sino en no haberlas controlado, sostenido y analizado, de modo tal de reorientar el proceso de construcción de datos según el campo. Ello posiblemente hubiera resultado en una etnografía conciente de la *socialización estatista* durante la transición menemista (1988-1990), como un proceso multidimensional concreto ligado a procesos de conflicto político y social en el seno mismo del Estado municipal. Si bien la alternativa seguida pareció más simple y conveniente, no produjo a mi modo de ver un conocimiento acabado sobre lo particular de lo universal, es decir, plenamente antropológico.

BIBLIOGRAFÍA

- BERREMAN, G. 1962: "Behind many Masks". Society for Applied Anthropology, Monograph Nº 8.
- BUCI-GLUCKMAN, C. 1986: "Formas de la Crisis y del Poder y Concepción Marxista de la Política". En: LABASTIDA, J. (de) Los Nuevos Procesos Sociales y la Teoría Política Contemporánea. UNAM. Edit. SXXI, México.
- CRANE, J. y ANGROSINO, M. 1974: Field Projects in Anthropology. A Student Hand-Book. USA, General Learning Corp.
- DA MATTA, R. 1983: Relativizando: Uma introdução a Antropologia Social. Petrópolis, Editora Vozes.
- FREDERIC, S. 1991: Acción Colectiva y Políticas Públicas en el acceso a la propiedad de la tierra. Tesis de Licenciatura, FFyL, UBA (mimeo).
- GEERTZ, C. 1992: La Interpretación de las Culturas. Barcelona, Gedisa Editorial.
- GUBER, R. 1990: "El Salvaje Metropolitano". Buenos Aires, Legasa Editorial.
- HAMMERSLEY, M. 1984: "Reflexividad y Naturalismo en Etnografía". En: Rincure, Dialogando, Nº 4.
- LINS RIBEIRO, G. 1989: "Descotidianizar: extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica". En: Cuadernos de Antropología Social, V. 2, Nº 1. ICA. FFyL. UBA.
- STRATHERN, M. 1987: "Anthropology at Home". New York, Tavistock Publications. Association of Social Anthropologists of the Commonwealth. Edited by Anthony Jackson.
- WILLIS, P. 1985: "Notas sobre Método". En: Rincure, Dialogando, N.2.

NOTAS

1. Así es como se denominaba mi cargo en el estatuto municipal.
2. Existían otras dos áreas: de "Regularización dominial" y de "Regularización urbana".
3. Sobre el concepto de conciencia práctica de Giddens, A. ver Lins Ribeiro, *op. cit.*, quien mediante él define el objeto y el método de la Antropología nativa como monitoreo de la acción no-conciente.
4. Digo investigador y no joven antropóloga, porque no había lugar para el género, la edad ni las rutinas que definen al etnógrafo y que distinguen su actividad de otras formas de hacer investigación social.
5. Conviene aclarar la diferencia respecto de la propuesta de Lins Ribeiro para quien la distancia objetiva en contextos familiares es producida por el contraste subjetivo entre etnógrafo e informantes, parcialmente garantizado por el marco teórico y el conocimiento etnográfico de la diversidad provisto por su formación, más que por la producción artificial de contextos asépticos y neutros.
6. p. 162-166, Da Matta, 1983.
7. Strathern, M., *op. cit.*, discute la función de escritor que tiene el etnógrafo cuando está en su sociedad "at home" en relación a sus informantes, y la de autor en relación al mundo académico. No estoy en condiciones de discutir esta cuestión aquí, más bien creo que sería relevante escribir la historia del barrio adhiriendo al programa de auto-antropología sugerido por la autora.